BV2775
S49

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

I. Los preparativos

ES el día 9 de Mayo de 1893. El cielo está cubierto. Una niebla densísima descendiendo desde lo más alto de la sierra de S. Gabriel, oculta todo á los ojos del viajero, que velozmente es conducido por rápida locomotora, desde México hasta el país clásico de los placeres de oro.

El sol, rasgando á trechos el velo nimboso que le cubre, deja ver, á la derecha del observador, las nevadas cimas del monte S. Francisco, y á la izquierda la arenosa y árida extensión de los desiertos de Arizona. El viento fresco del noroeste sopla con violencia; mas la locomotora alígera, despreciando la violencia del viento, parece adelantársele, bramando airada en presencia de su competidor. A su paso hasta el suelo mismo se apresura á cambiar de aspecto; y todo es entrar en los límites de la alta California para que en la naturaleza entera se verifique una sorprendente transformación. El viento cesa; la temperatura, de glacial que era, hace apenas sentir un fresco agradable; la bruma se convierte en transparente tul que no tardarán en disipar los rayos del sol, y la aridez del suelo, tan triste y repugnante, va

000832

dando lugar poco á poco á una vegetación cada vez más rica á medida que el vaporoso tren va acercándose á la populosa ciudad de los Ángeles.

Son las diez de la mañana, hora en que el esquilear de la campana de la máquina de vapor anuncia su llegada á los Ángeles; y descendiendo de ella una turba numerosa de viajeros, nueve de ellos se dirigen al hotel Arcade, para ir á reparar las fuerzas perdidas durante un viaje de cinco días en que quizá tuvieron que sufrir algunas privaciones y desvelos. Á su paso, fíjanse en ellos todas las miradas; todos con interés preguntan quienes son aquellos extranjeros y pronto circula de boca en boca el rumor de que esos viajeros son unos misioneros mexicanos, que desde Zacatecas han venido á la alta California con la noble consigna de fundar un colegio en la antigua misión de S. Luis Rey, con el doble objeto de restaurar ese establecimiento é impedir que desaparezca para siempre el célebre y venerado Colegio de Guadalupe al descender á la tumba el último de sus preciosos vástagos

El pueblo de los Estados Unidos, como que es un gran pueblo, acoge con entusiasmo todo lo que es grande y tributa su admiración y su respeto á todo aquello que, asimilándosele, viene á dar ensanche á su prosperidad y á su engrandecimiento. El pensamiento de restaurar las antiguas misiones de la alta California no puede ser fríamente considerado por una nación ávida del acrecentamiento progresivo del número de sus habitantes; así es que la llegada de los misioneros zacatecanos á una de las ciudades más florecientes de los estados de Occidente, fué celebrada del modo con que aquel pueblo acostumbra solemnizar los acontecimientos faustos. El telégrafo difundió la noticia con rapidez en un radio de centenares de leguas; las empresas ferrocarrileras inventaron viajes de recreo con gran rebaja de precios de pasaje, y mil y mil curiosos en más de cien leguas á la redonda, se apresuran á abandonar sus hogares para venir al condado de S Diego á presenciar uno de los acontecimientos más memorables en los fastos de las dilatadas playas del Pacífico.

II. La salida.

La ciudad de los Ángeles es una encantadora ciudad. Sus calles son rectas y espaciosas. Sus edificios magníficos, casi todos tienen vestíbulos elegantes, que sirven de veranda, estando abolido casi por completo el uso de patios interiores y hasta las casas de las familias menos acomodadas ostentan en su exterior la felicidad y el bienestar que rebosan de adentro, ya que no hay fachada, por modesta que pueda ser, que no esté adornada con graciosas enramadas de enredaderas ó con bellísimas y exquisitas flores, que penden en festones. Y si el interior de la ciudad es tan bello, sus alrededores son pintorescos con una variedad casi sin límites. Hermosas quintas, soberbias fábricas, espaciosos jardines y parques, bosques de frutales, colinas cubiertas de cipreses enanos, de abetos ó de cedros y extensísimos prados donde pacen numerosos ganados, forman el marco donde queda como engastada la ciudad, llena de vida y movimiento, llena de ese titánico vigor del cual es la expresión más propia el bramido penetrante y prolongado que lanzan á su vez las cién locomotoras que se cruzan por todas sus calles á cada instante, arrastrando enormes trenes de donde se derraman, á manera de gigantescos hormigueros, millares de hombres cargados de mercaderías.

Nuestros misioneros descienden de su alojamiento y atravesando la ciudad casi en toda su longitud, encamínanse al palacio episcopal para tributar sus respetos al virtuoso y digno más que ilustre Obispo de los Ángeles, que en su bondad y benevolencia no ha esquivado tender una mano amiga á los infortunados exclaustrados de Zacatecas, haciéndoles dueños de cincuenta y tres acres de terreno muy fértil, encomendando á su cuidado una selecta porción del rebaño de Jesucristo, que él mismo conduce á los pastos eternos, y dándoles lugar preferente en su estimación. Ni era menos de esperar del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Francisco Mora, Obispo dignísimo de Monterey y de los Ángeles y cuarto sucesor

del Ilmo. Sr. García Diego, cuyo nombre es una de las glorias del Colegio de Guadalupe.

El Sr. Mora está siempre acompañado de su secretario, eclesiástico joven, de exterior amable y simpático; dotado de virtud y de ciencia y en todo adecuado á las arduas funciones que ejerce; llámase el Pbro. D Guillermo Dye. La respetable personalidad del Señor Pbro. D. Joaquín Adan figura también cerca del Sr. Obispo Mora en calidad de Vicario general de la Diócesis Es una persona muy afable, á quien adorna toda la finura de un cumplido caballero, con el tacto exquisito y la penetración certera del hombre de gobierno, sobre cuyos hombros descansa toda la confianza del Prelado. Barcelonez de origen, tiene ese despejo propio de su raza con la energía que siempre caracterizó á los catalanes. No hallándose en casa, visitó por la noche á los misioneros en su alojamiento, y aceptó complaciente la invitación que estos le hicieron de celebrar como Preste en la solemne misa que habrá de cantarse el día 12 próximo, señalado para la fiesta de inauguración de la casa Noviciado de S. Luis Rey.

III. En marcha.

A las ocho y treinta minutos de la mañana del día 10, emprenden los misioneros su marcha de los Ángeles á S. Luis Rey. Un siglo antes los humildes trapenses salían de Francia desterrados y perseguidos por la furia revolucionaria para ir á establecerse en el Valle Santo entre las ruinas de una antigua abadía, que el trabajo y la constancia de los solitarios transformaron más tarde, de páramo yermo y agreste, que era, en una mansión del Paraíso cristiano. El camino que hoy van á recorrer los misioneros sin ser tan uniformemente bello como el que á su espalda dejan, no carece de encantos, sobre todo para el alma que se sumerge en la contemplación de lo pasado. ¡Cuántos recuerdos de antigua gloria franciscana surgen á cada paso de esos sitios por donde atraviesa el ferreo vehículo en su veloz carrera! Aquí, entre campos de gualda, corre el río de la *Porciúncula* de oriente á occidente para ir á mezclar sus dulces y cristalinas aguas con las salobres del Pacífico. A la izquierda queda la áspera sierra de *S. Gabriel*, regada en otro tiempo con la sangre de un mártir franciscano. Más adelante se escapan rápidamente á la vista extensísimas selvas de nogales, con su verde brillante de esmeralda. En seguida espesos bosques de naranjos, cubiertos todavía con sus dorados frutos, vienen á anunciarnos la proximidad del delicioso pueblo de Orange, donde las brisas llevan á larga distancia el aroma que despide el azahar. Viene después la misión de S. Juán Capistrano, con sus célebres ruinas, con sus grandes viñedos, plantados en otro tiempo por la mano del misionero franciscano, y conservados hoy por la codicia del vinicultor. Desdea quí comienza á descubrirse el Océano Pacífico, ese mar imagen de la eternidad, inmenso, profundo y sin límites visibles á los ojos del espectador. Un terreno árido y salino sigue á lo largo de la playa. Profundas grietas se ven de trecho en trecho por donde se precipitan en el mar las aguas pluviales formando impetuosos torrentes, hasta que pasando por una garganta de montañas de poca elevación, se llega, cuando menos se esperaba, al reducido pero gracioso pueblecito de Oceanside. En ninguna parte más que en este pueblo se echa de ver tan á primera vista el alto grado de ilustración y cultura á que ha llegado la sociedad en la gran república de Washington. El censo á duras penas podrá llegar á cuatro ó seiscientos vecinos, y, sin embargo, hay allí todos los elementos bien sostenidos de un gran centro de población. Escuelas, colegio, templos, teatro, boticas, almacenes, cajones de lujo, mercerías abastecidas de objetos de cristal y porcelana, hoteles, cafees, una magnífica estación, telégrafos, aduana, administración de correos y un hospital: hé aquí todo lo que la humana previsión ha podido reunir en el que quizá habría razón para llamarle el pueblo más pequeño del mundo. Bien es verdad que en su origen se creyó que este sitio sería llamado á representar un papel de importancia en la línea que recorre el ferrocarril orillas del Pacífico; pero sin haber llegado á la altura que se pretendía, ocupa con verdad un lugar

honrosamente excepcional entre los cortijos de su especie. Allí llegaron los misioneros á las once y quince minutos de la mañana y poco después se disponían á recorrer el corto espacio de cuatro millas que de allí dista S. Luis Rey, punto final de la presente excursión.

IV. La nueva casa.

Rompe la carretera de Oceanside á San Luis Rey retorciéndose por entre unos paredones formados por grandes conglomerados de terreno de acarreos depositados por las corrientes diluvianas á manera de grandes masas que dominan la extensa llanura, donde en el centro de dilatados sembrados de trigo, cebada, habena y otras plantas forrajeras, se elevan majestuosas las ruinas de una antigua misión. La cúpula y el campanario de la iglesia descuellan sobre todas las otras construcciones. Elévanse al lado de ella y juntándose en ángulo recto dos larguísimas series de arcos, que debieron ser en tiempos lejanos los corredores de un gran patio interior, á manera de claustro. Todo allí respira desolación; todo allí revela la caducidad de las humanas empresas. Y sin embargo, es hoy el punto objetivo á donde unos pobres religiosos, después de las vicisitudes de treinta años pasados en la exclaustración, dirigen sus miradas, concentran sus esfuerzos, como el náufrago que impelido por las olas de un mar embravecido, abraza estrechamente la roca solitaria y salvadora que la divina Providencia le depara. Frente á esas ruinas elévase una pequeña casa de madera, recientemente construida. Habítanla dos religiosos, anciano el uno y encanecido en la virtud y el sufrimiento, y gozando el otro de una vigorosa virilidad que le mantiene activo y diligente en sus empresas, constante en el trabajo, fiel á su seráfica vocación, y que según el texto sagrado es del número de aquellos varones esclarecidos que pueden emplearse en la salvación de los restos dispersos de la casa de Israel. Ambos llevan vestido el hábito que distingue á los hijos del Serafín de Asís, y ambos rebosando de júbilo inefable salen á la puerta de su humilde habitación para recibir en ella á

sus compañeros, que gozosos también, dan y reciben el ósculo paz, entrando en seguida á tomar parte en las santas tareas de su empresa regeneradora. Al atravesar por un pasillo estrecho, llámales la atención una puerta pequeña por la cual penetran á un modesto oratorio. La Majestad divina, envuelta en los accidentes sacramentales, se oculta allí, en un altar tan pobre que arranca lágrimas á aquellos que en tiempos no distantes presenciaron las pompas solemnes con que se tributaba al Señor el culto debido en la opulenta Zacatecas Después de una corta oración, los huéspedes son introducidos al refectorio, donde se les sirve cariñosamente el pan de la hospitalidad. En seguida van á recorrer todo el edificio, que consiste de dos pisos, con aposentos pobremente amueblados, pero suficientes á abastecerles en sus pequeñas necesidades y á cubrirles contra la intemperie. El día once le han pasado en prepararse para la fiesta de inauguración, que va á tener lugar el día siguiente. Un órgano excelente acaba de recibirse y el que esto escribe, está oyendo desde su pobre celda las místicas armonías, de ese instrumento, que parece haber sido inventado por los ángeles para acompañar los cánticos sagrados de mil y mil corazones que alaban y bendicen á su Creador.

V. La inauguración.

Llega por fin el tan suspirado día 12 de Mayo de 1893. La pequeña colonia de San Luis Rey entra en movimiento desusado. Desde muy temprano por la mañana grupos de personas, vestidas de gala, de todo sexo, de toda edad y condición, atisban desde la puerta del templo, ó se pasean á corta distancia por la campiña que le rodea. La alegría se dibuja en todos los semblantes. Todos se dan anticipadamente la enhorabuena por el fausto acontecimiento que da motivo á la general expectación, y seis fotógrafos aprestan sus reproductores aparatos. A eso de las nueve de la mañana una larguísima serie de carruajes ocupa el camino de Oceanside á San Luis Rey, rompiendo la marcha el que ocupa el Ilmo. Sr. Obispo de los Ángeles Dr. D. Francisco Mora, acompañado de su Vicario general, el Sr. D.